

MISA CRISMAL 2023

Queridos hermanos y hermanas del pueblo de Dios que peregrina en estas tierras de Teruel y Albarracín. Permitidme que hoy salude con especial afecto a los presbíteros y diáconos de nuestra diócesis y de otras iglesias hermanas que viven con nosotros esta hermosa jornada sacerdotal.

Quiero comenzar esta homilía compartiendo dos vivencias personales que Dios me regaló en la reciente ordenación diaconal de nuestro hermano Alfonso. Cuando cogí sus manos entre las mías y le pregunté si prometía respeto y obediencia a mí y a mis sucesores, me embargó la emoción y la responsabilidad, porque me di cuenta de que, de alguna manera, Dios ponía la vida de Alfonso en mis manos. Y cuando le entregué el Evangelio para que convierta en fe viva lo que lee, enseñe lo que ha hecho fe viva y cumpla aquello que ha enseñado, sentí una alegría honda, al tomar conciencia de lo afortunados que somos, pues Dios pone en nuestras manos el regalo precioso de su Palabra.

Estas vivencias me llevaron a pensar que, en muchas ocasiones, no soy consciente de que Dios pone en mis manos –en mis torpes manos– sus tesoros más preciosos. Y un día como hoy, en el que vamos a renovar nuestras promesas, es vital, queridos sacerdotes, que reconozcamos estos tesoros.

La segunda lectura nos recuerda cuál es el tesoro más valioso que Dios nos ha entregado: Jesucristo, su Hijo, el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, que nos ama, nos libra de nuestros pecados con su sangre y nos hace sacerdotes para Dios, su Padre. ¿Qué sería de nosotros sin Jesucristo? ¿En que dios malhumorado y caprichoso creeríamos? ¿Cómo nos conduciríamos si Cristo no se nos hubiera manifestado como camino, verdad y vida?

Inseparablemente a Cristo, el Padre ha puesto en nuestras manos otro tesoro precioso: el Espíritu Santo. Tanto el profeta Isaías como el evangelio según san Lucas nos sugieren que el mismo Espíritu que descendió sobre Jesús en el río Jordán fue derramado sobre nosotros en el bautismo, la confirmación y la ordenación; el mismo Espíritu que impulsó al Señor en su misión y lo movió a rezar, ese mismo Espíritu nos guía a nosotros –a poco que se lo permitamos– en la tarea y la oración de cada día. No hemos recibido un espíritu de segunda o tercera categoría. Hemos recibido el mismo Espíritu de Jesús.

La primera lectura y el Evangelio nos permiten descubrir que Dios también ha puesto en nuestras manos a sus hijos e hijas preferidos: los pobres, los que tienen el corazón desgarrado, los afligidos, los ciegos, los oprimidos... Aunque a veces nos cueste verlo, los pobres, *«son los tesoros de la Iglesia»*, como dijo el diácono san Lorenzo. Los pobres no son un estorbo, sino una bendición: *«Es necesario – dice el Papa Francisco– que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos»* (EG 198).

Queridos sacerdotes, Dios ha puesto en nuestras manos, a pesar de nuestras debilidades, las comunidades cristianas a las que servimos y, en ellas, la fe de tantos hermanos y hermanas. Como a Pedro, después de la resurrección y sin echarle en cara las tres veces que negó conocerlo, nos dice: *«Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas»* (cf. Jn 21,15-19). Son “sus” ovejas y corderos, pero las ha puesto en nuestras manos. Reconozcamos, queridos hermanos presbíteros, la caricia de Dios a través de nuestros feligreses, de tantas mujeres y hombres que nos aman y nos cuidan, que comparten con nosotros una fe de más quilates que la nuestra.

Dios también ha puesto en nuestras manos la Eucaristía: *«Haced esto en memoria mía»* (Lc 22,19). El Dios que creó el universo viene a habitar en un pedazo de pan, para ser alimento de su pueblo. A través de nuestras manos, se hace presente en las comunidades –como ha recordado el papa Francisco– *«el poder salvífico del sacrificio de Jesús, de cada una de sus palabras, de cada uno de sus gestos, mirada, sentimiento»* (DD 11)

Hermanas y hermanos laicos de esta Iglesia diocesana, Dios también ha puesto en vuestras manos la vida de los sacerdotes, que, a pesar de nuestras limitaciones, queremos vivir a vuestro servicio, animar vuestra fe y ofreceros la gracia de los sacramentos.

Podríamos continuar esta lista de tesoros que Dios pone en nuestras manos. Hermanos y hermanas, sacerdotes, religiosos y laicos, ¿Podía entregarnos Dios algo más valioso? Cuando ansiamos más poder, más dinero, más reconocimiento,

más éxitos, más caprichos, ¿no estaremos olvidando que Dios ya nos ha repartido su fortuna, como el padre de la parábola que dio a sus hijos todo lo que tenía?

Para renovar nuestros compromisos bautismales, en la noche de Pascua, y las promesas sacerdotales, en esta celebración, antes es indispensable reconocer y agradecer los dones de Dios, los tesoros que él pone en nuestras manos. Sólo con un corazón agradecido podemos decir: Sí, renuncio; sí, creo; sí, quiero. Sólo cuando reconocemos que Dios nos *primerea*, podemos secundarle con nuestra oración y nuestro compromiso.

En efecto, en la experiencia cristiana y sacerdotal, lo más importante y lo primero no es lo que nosotros hacemos por Dios. Lo importante y lo primero es lo que Dios hace por nosotros, el tesoro que Dios ha puesto en nuestras manos. Como recordó el apóstol Juan en su primera carta, *«en esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados»* (1 Jn 4, 10).

Por tanto, queridos sacerdotes, renovad con alegría vuestro compromiso de uniros más fuertemente a Cristo y configuraros con él, bien seguros de que sólo Cristo puede darnos ese amor incondicional que sacia el hambre de nuestro corazón, que sólo Él puede contagiarnos el deseo y la fuerza para entregarnos a nuestras comunidades como Él lo hizo, hasta el extremo.

Renovad con alegría vuestra promesa de servir al pueblo de Dios, en la celebración de la fe, en el anuncio del Evangelio y en el acompañamiento de las comunidades y de las personas que las forman. Las comunidades necesitan de vuestro corazón de buenos pastores. Tienen hambre de pastores que, además de celebrar la misa dominical, las acompañen, las animen a crecer en la oración y les ayuden a vivir y transmitir el Evangelio en la familia, en el trabajo, en el barrio o en el pueblo...

Queridos sacerdotes, no nos dejemos llevar por ese “¿para qué?” paralizante: ¿para qué voy a preparar la homilía, si vienen a misa cuatro personas?, ¿para qué voy a rezar por mis feligreses, si Dios ya sabe lo que necesitan?, ¿para qué voy a escribir una monición de entrada y unas peticiones, si casi nadie quiere participar?, ¿para qué voy a formarme en teología o pastoral, si a la gente le da todo igual?, ¿para qué voy a invitar a los jóvenes, si casi ninguno responde?, ¿para qué voy a convocar al consejo pastoral, si tengo que hacerlo todo yo?, ¿para qué

voy a dedicar tiempo a la catequesis y a las catequistas, si casi todos los niños y jóvenes desaparecen, después de la primera comunión o de la confirmación?, ¿para qué voy a promover Cáritas en la parroquia o en la unidad pastoral, si ya funciona Cáritas Diocesana?, ¿para qué voy a distribuir la hoja parroquial, si la gente no la lee? ¡Cuántos “para qué” hemos de desterrar, si queremos cuidar a nuestras comunidades y a las personas que las forman como lo que son: un tesoro que Dios ha puesto en nuestras manos!

Quisiera animarme y animaros a cada uno a vivir el ministerio con generosidad, con alegría, con esa caridad pastoral que nos lleva a entregarnos a la Iglesia, como Jesús y con Jesús. No nos conformemos cumpliendo con lo mínimo, así no alimentamos el alma de los feligreses ni nuestra propia alma.

No se trata de compararse con otros hermanos sacerdotes, lo importante es que cada uno intente, con la gracia de Dios y de acuerdo a sus talentos y limitaciones, responder con toda la fuerza, con todo el corazón, con toda el alma. Nunca llegaremos a amar a Dios como él nos ama, pero cuando amamos con todo el corazón –dice San Bernardo– nada le falta a nuestro amor (Sermón 83, 4-6).

Animo particularmente a los sacerdotes mayores que no tenéis encomienda pastoral, a que viváis esta etapa de vuestra vida con la entrega y la ilusión de vuestra juventud. Vuestro ministerio sigue siendo valioso para la Diócesis. Vuestra presencia en retiros, celebraciones diocesanas, reuniones de arciprestazgo y encuentros de formación nos alienta a todos. Hace algunos meses, uno de vosotros me dijo: “Yo sigo siendo pastor, aunque de otra manera; el párroco cuida del rebaño; yo me preocupo de las ovejas rezagadas, de las mayores; el párroco se desvive yendo de aquí para allá, yo tengo más tiempo para rezar”. Ojalá sepamos mantener hasta el final este espíritu sacerdotal.

Queridos sacerdotes, queridos hermanos y hermanas laicos, reconozco con gratitud que este presbiterio y esta Diócesis de Teruel y Albarracín es una bendición, pero siempre podemos mejorar, podemos crecer en santidad, en espíritu sinodal y misionero. Que el Señor nos conceda cada día reconocer los tesoros que pone en nuestras manos, para que podamos corresponderle y amarle con todas nuestras fuerzas, en la oración y en la Eucaristía, en el apostolado y con la vida entera. Amén.